

libro que reseño de inmediato, los menciona en la reconquista y, en concreto, en Granada (186). Alberto M. Salas (*Las armas de la conquista*, Buenos Aires, 1950, EMECE, 169) también nombra canes en Granada. Y Pedro Voltes informa de perros en la reconquista y en las Canarias (*El reverso de la historia*, Barcelona, 1993, Círculo, II, 32-33).

Por añadidura la redacción es excelente y amena y el trabajo se ha realizado con un muy correcto y minucioso manejo de una abrumadora cantidad de referencias, lo que no suelen hacer los pontífices de la HO.

Miquel Izard

### **Thomas, Hugh, *La conquista de México*, Barcelona, 1994, Planeta, 896.**

Diría que es obra aplastante y emblemática de la historiografía tradicional inglesa. Manejando apabullante cantidad de fuentes y, por encima de todo, de bibliografía, el autor ha pergeñado otra entrega de un tema reviejo, y me malicio que no hacía falta alguna, pues no dice nada nuevo; al contrario, sobre la trama convencional adereza un refrito de lo que tantos ya habían escrito, empezando por loas encargadas, sobre la marcha, por los mismos protagonistas.

El cariz de lo narrado, una conquista colonial, implica que sólo se hayan conservado, en la práctica, crónicas de uno de los dos bandos enfrentados y Thomas, elabora su obra desde la óptica de los agresores.

A pesar de este carácter sesgado, y contrastando con una narración en la que los atacantes aparecen como héroes, evoca más de una vez saqueos o toda clase de crueldades gratuitas, así masacres de Tlaxcala y de Cholula, que Thomas piensa, siguiendo a las Casas y varios conquistadores, se perpetraron para reducir la capacidad de resistencia de los nativos por medio del terror (281, 300-301); vesanía con la gente del Valle de México, jefes aperreados, represión continuada y confundida con la desesperada busca de oro (597-599); tortura de Cuahitémoc, contra lo prometido, tolerada por Cortés (600-601); atrocidades de Nuño de Guzmán, por citar un caso, que hacían palidecer las de Olid (613). Pero insisto, Thomas es capaz de celebrar una ristra de *cualidades* de Cortés y añadir, «empleó el terror fría y eficazmente» (587). Tendría como otras aportaciones, reiteradas referencias a la avidéz castellana por el oro y a la compleja y sofisticada cultura azteca, con pareceres desde Cortés hasta Durero (590), frente a una historiografía españolista que tacha de atrasadas, a nivel neolítico, a todas las culturas americanas.

La parcialidad de Thomas se detecta también en el lenguaje, bastará alguna muestra, menciona más de una vez nativas «seducidas» (94 o 97) abusivo eufemismo por violadas; piensa que el requerimiento podía derivar de la «caballeridad castellana» (101); que los mayas eran «superiores» a la gente del Caribe o los totonacas un pueblo culto (119 y 141).

Osaría afirmar que hay falsedades. Opina que las diferencias entre expediciones privadas, la mayoría, y financiadas por la Corona, pocas, explicarían la violencia, pues las primeras debían amortizarse (97). Al margen de la endeblez del argumento bastaría recordar que una de las huestes más sanguinarias, la de Pe-

drarias, fue armada y costeadada por el rey. O difícilmente los españoles podían escandalizarse con el homosexualismo (254) pues era opción también usual en la Península.

Otros asertos son indemostrables, nadie sabrá jamás si «Colón creía que Dios le guiaba», o si «los conquistadores [...] temían el infierno. Incluso la conquista de Cuba fue acogida como un triunfo religioso» (99). Y por añadidura se contradicen con otros párrafos del mismo libro, sostiene de Cortés «si bien sinceramente cristiano, podía muy fácilmente combinar su fe y su comportamiento con la conciencia de que tanto la una como el otro le eran útiles» (191) o habría dicho a Moctezuma, sustituyendo los ídolos por una cruz y una imagen de la virgen «verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace» (214), lo que malicio es, en todo caso, muestra del cinismo del extremeño. Recordando crueldades de Cortés en Cholula y Tepeaca, vuelve sobre la cuestión y añade «Pero parece que Cortés era, de acuerdo con sus luces, un cristiano convencido» (637). Tampoco nadie puede demostrar que Carlos I «estaba convencido de que su deber consistía en salvar la unidad de la cristiandad» (588). Siempre en esta línea, intenta encontrar una explicación, bien peregrina por cierto, a la extraña muerte de Catalina, la esposa de Cortés (638).

Recordando la reseña de Ferlosio y las crueldades de la conquista, es estrafulario e incoherente condenar la dantesca violencia de nuestro desafortunado fin de milenio y sacralizar y legalizar la de hace 500 años.

**Miquel Izard**

**Wright, Ronald, *Continentes robados. América vista por los indios desde 1492*, Madrid, 1994, Anaya & Mario Muchnik, 496.**

Traducción de *Stolen Continents* publicado en 1992. Año en que a raíz del quinto centenario de 1492 se publicaron sopotocientos libros de lo que llamo **Lal** (Leyenda apologética y legitimizadora) de la conquista de América, reimpresiones innecesarias, ditrambos sobre los invasores, falacias acerca de los agredidos, enmascaramiento de la violencia o ninguneamiento del rechazo y la resistencia a la embestida. Ante este alud son muy bien recibidos, como agua de mayo, los bien escasos, pero más que suficientes, trabajos elaborados como alternativa a los anteriores.

Para que no quede duda alguna sobre lo que Wright piensa de tantos historiadores que son meros funcionarios del olvido encabeza el prólogo de su libro reproduciendo lapidaria frase de Samuel Butler, «Dios no puede alterar el pasado, los historiadores sí».

Como enfatiza el subtítulo se trata de una crónica del devenir americano, desde 1492, elaborada a partir de la perspectiva de sojuzgados o exterminados, centrándose en aztecas, mayas, incas, cherokees e iroqueses, en tres etapas, Invasión, Resistencia, Renacimiento, utilizando, y de forma muy correcta, una abrumadora cantidad de bibliografía.